LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA

Año IX. | SALE UNA VEZ AL MES. | Núm. 9.

ALICANTE 30 DE SETIEMBRE DE 1880.

LOS MALOS CENTROS ESPIRITISTAS.

Hace mucho tiempo que un periodista, en son de mofa, dijo que en España habia 112 centros espiritistas; y que esto era lo único que le faltaba á la pobre España. Nosotros entónces nos ofendimos por aquellas palabras, pero con el trascurso de los años más de una vez nos hemos acordado del festivo gacetillero, y hemos dicho con profunda pena: ¡Tenia razon! en cierto modo, sí; porque los malos centros espiritistas son los que más abundan; y estas reuniones son una verdadera calamidad.

Dice un antiguo refranejo, que la ropa súcia se lava en casa; esto es, que no debemos sacar á relucir las faltas de éste ó de aquél, y por consiguiente, que una escuela debe cubrir con un velo las debilidades de sus adeptos; pero nosotros estamos muy conformes en que no se descubra ni se tilde á ninguna persona determinada, más creemos prudente y hasta necesario decir alto y muy alto, claro y muy claro, y en el sentido más terminante, que una cosa es el espiritismo y otra los malos centros espiritistas, donde se ridiculiza lo más grande, lo más sagrado, lo más trascendental, la comunicacion ultraterrena, y sobre esas reuniones irrisorias y harto perjudiciales, vamos á permitirnos hacer algunas consideraciones.

Creemos que el hombre es dueño de su libre albedrio, pero hasta cierto punto nada más; esto es, podrá estacionarse si le place, pero no se debe permitir que trate de estacionar á los demás. Muchos se quejan que hay pocos espiritistas, y nosotros decimos que en muchas localidades, de cien espiritistas, sobran noventa y nueve.

Habiendo recibido várias cartas de distintas ciudades, vemos que la zizaña espiritera se estiende por el mundo, y es preciso arrancarla de raiz, siendo preferible que se olvide por completo la escuela espiritista, á que el vulgo ignorante se apodere de ella.

Si, preferible es; porque nada más hermoso y más sublime que el espiritismo bien comprendido, y nada más repugnante que la parodia de sus profundas y evangélicas enseñanzas. La comunicacion de los espíritus abre ante nuestros ojos dilatadísimos horizontes, eleva el pensamiento, engrandece nuestras aspiraciones, nos impulsa al estudio y al trabajo, nos aparta de las preocupaciones religiosas y nos acerca á la verdadera religion, que es la práctica de todas las virtudes sin formalismo alguno; pues bien, en esos centros espiritistas mal dirigidos y peor inspirados, sucede todo lo contrario de lo que el espiritismo racional enseña. Por las comunicaciones de los espíritus tienen aquellos *espiritistas* sus santos preferidos, sus visiones de vírgenes, pidiendo las seráficas apariciones que alguno de los concurrentes vista el hábito del cristo de *acá*, ó de la vírgen de *allá*, para aliviarse ó curar-

se de alguna dolencia, piden que se digan misas con tantos ó cuantos cirios, que se rezen tantas estaciones ó partes de rosario, y para fin de fiesta, acuden los espíritus en sufrimiento que convierten á los médiums en juguetes de sus lamentaciones y de sus aspavientos, y los tiran al suelo, lanzando ahullidos y haciendo ridículas contorsiones, logrando algunas veces lastimarlos y hasta dejarlos sumidos en el idiotismo.

Estos espectáculos, el hombre más indocto, el más ignorante, puede comprender que dejan el ánimo fatigado, las ideas en completa confusion y la duda y el desencanto imperando como dueños absolutos en nuestro sér.

No hace muchos dias que un libre pensador, habiendo leido con atencion profunda algunos capítulos de la Filosofía de Kardec, pidió á un amigo suyo que le presentase en un centro espiritista: desgraciadamente lo llevaron á uno de esos centros donde se hacen comedias entre los de *allá* y los de *acá*, y al salir de la sesion, dijo el libre pensador: —Si las obras de Allan Kardec son una verdad, lo que he visto esta noche es una farsa repugnante, y si este sainete es una cosa cierta, la teoría de Kardec es un hermoso sueño nada más; entre aquel libro grave y filosófico, sentencioso, profundo, impregnado de lógica, de razon, y estas escenas cómicas, hay mil mundos de por medio, mas para no salir engañado, dejaré de asistir á las sesiones, y suspenderé la lectura y estudio de las obras espíritas. He aquí el resultado de esas reuniones donde se ponen en juego la ignorancia de los unos y la malicia de los otros.

Lo hemos dicho muchas veces y nunca nos cansaremos de repetirlo; de doscientos centros espiritistas, cerraríamos ciento noventa y ocho, y abriríamos trescientas bibliotecas, donde se leyera, donde se estudiara, no en obras científicas porque la generalidad carecen de instruccion para comprenderlas, pero ya hay libros morales y recreativos al mismo tiempo cuyas máximas y lecciones están al alcance de todas las inteligencias por sencillas y obtusas que sean.

Se nos objetará que muchos no saben leer; pero no nos negarán que en ninguna reunion deja de haber uno más instruido que los demás y este puede convertirse en lector y en comentador de lo que lée, dándole explicaciones al auditorio que le rodea.

Que la lectura les aburre, dicen muchos, y contestamos nosotros. Si no les permitieran aquel juego de preguntas y respuestas, no se aficionarian á semejantes entretenimientos, y tendrian atencion á la lectura, y algunos algo aprenderian; pero desgraciadamente los que debian servir de maestros, los que debian ser modelos por su actividad en el trabajo, son lo bastante egoistas, y bastante faltos de entendimiento, para creer que con saber ellos ya es lo suficiente; y dejan de asistir á las reuniones espíritas por que las encuentran monótonas y quedan multitud de espiritistas ignorantes cómo rebaño sin pastor, siguiendo cada cual el camino que se le antoja.

Muchos se dedican á las curaciones por medio del fluido ó sean pases magnéticas; otros cogen á una mala sonámbula por su cuenta que dá medicinas al por mayor, aquellos á las danzas de las mesas, esotros á diversos fenómenos, y tras de esto mil y mil abusos que están tan lejos de la comunicacion racional de los espíritus como el ódio del asesino está distante del amor que siente el niño por su madre, pero, los que no conocen el espiritismo confunden el oro puro de la verdad con el falso oropel de la mentira: y si asisten á centros espiritistas donde falte una acertada direccion, se rien del espiritismo, y dicen con muchísima razon: Los espiritistas ó son unos imbéciles ó son unos canallas, pero de todos modos les falta sentido comun.

¿Y no es triste, no es doloroso, no es verdaderamente desconsolador, que la primera escuela filosófica de nuestros dias, la que demuestra que el espíritu progresa eternamente, que la justicia del Sér Supremo mantiene la balanza divina en el fiel de la verdad, la que nos manifiesta lo que han venido á hacer los Redentores que todos ellos han dicho á los hombres que son dueños

del patrimonio del tiempo, esa filosofía que nos dice que la vida no tiene fin, que el adelanto del espíritu no tiene límites, porque es eterna su individualidad, y que siempre Dios creará mundos para la colonizacion universal?

¡Esta doctrina tan lógica y tan consoladora, ésta creencia tan racional, tan verdaderamente grande, ésta religion tan pura, tan despojada de vanos formalismos, y de absurdos ritos, no causa profundísima pena por que por las aberraciones de los unos, y el egoismo de los otros y la indiferencia de los más la confundan con el grosero charlatanismo de los embaucadores ó con la fé ciega de los estúpidos!

El hombre pensador tiene que llorar con el llanto del alma al contemplar semejantes abusos. Y no debe enmudecer, no debe tolerar que la ignorancia se apodere de la primera escuela del mundo tan antigua como el hombre; debe decir alto y muy alto, claro y muy claro, que el espiritismo no es la farsa irrisoria de los malos centros espiritistas.

El espiritismo es la ley del evangelio.

Es el estudio y el análisis de todos los problemas de la vida.

Es la investigacion y la comparacion entre el pasado y el presente, y la deduccion razonada del porvenir.

Es la práctica del bien por el bien mismo.

Es el olvido de las ofensas.

Es la tolerancia en todos los sentidos.

Es la union de los pueblos.

Es la fraternidad de todas las razas.

Es la resignacion en todos los dolores.

Es la esperanza en todas las amarguras.

Es la fé basada en la verdad.

Es la destruccion de la muerte y la realidad de la vida.

Esto es el espiritismo, y en todos los lugares donde así no sea comprendido, no se profane la religion del porvenir con las necedades de los ignorantes y el torpe lucro de los falsos médiums, y no nos duela decir que de cien centros espiritistas debian suprimirse noventa y nueve; que mas vale un buen espiritista que un millon de espiriteros: por que un buen espiritista será capaz de hacer algo grande, algo sublime que sirva de útil ejemplo en la sociedad; y un centenar de espiriteros solo sirven para promover el escándalo con escenas ridículas.

Creemos que el espiritismo es la escuela racionalista deista que ha de regenerar á las humanidades de la tierra, y por esto seremos inexorables con todos los que cometan abusos en su nombre.

Queremos menos centros espíritas y mas estudio.

Queremos menos *espiritistas*, y mas apóstoles de la doctrina.

Queremos raudales de ciencia y mundos de amor; porque los hombres verdaderamente sábios, tendrán un placer en instruir á las multitudes, y las almas buenas purificadas por la caridad serán la providencia de los afligidos, serán el amparo del huérfano y el sosten del anciano....¡oh! entonces no será un mito en la tierra la fraternidad universal.

Amalia Domingo y Soler.

EL MAGNETISMO.

II.

El origen del hipnotismo es antiquísimo, pero viniendo á los tiempos modernos diremos que en 1843 el doctor Braid de Manchester demostró de un modo evidente que la vista fija en los objetos brillantes provocaba un estado parecido al del sueño cateléptico. En 1859 el doctor Azam, de Burdeos, demostró en una barraca de saltimbanquis que la inmovilidad de los gallos puestos á la vista del público procedia del extravismo convergente que se imponia á las gallináceas; asoció este fenómeno á los que había indicado Braid; hizo experimentos en compañia del ya difunto doctor Broca, de los cuales dió parte á M. Velpeau, y este en una Memoria dirigida á la Academia de ciencias, introdujo en la fisiología una práctica de los antiguos olvidada desde hace siglos. Asi penetró en la ciencia oficial de Francia el hipnotismo primitivo.

Basta fijar á algunos centímetros de los ojos un anillo, un objeto colocado á la altura de la frente, para producir el estravismo convergente y determinar el sueño artificial. Las personas sometidas á este sueño son insensibles al dolor, algunos conservan la conciencia de lo que pasa, y otros la pierden.

El hecho es general, y se aplica tambien á los animales. Lógrase hacer perder la sensibilidad á un perro ó á un gallo, obligándole á contemplar un objeto brillante colocado encima de sus ojos, á corta distancia.

El primer síntoma comático que experimenta el individuo colocado enfrente de un objeto brillante, es el espasmo del aparato ocular. Súbitamente se experimentan efectos de miopía. Despues la pupila se dilata; el globo del ojo se pone saliente. Estas modificaciones no pueden producirse evidentemente sino á consecuencia de una excitacion de los nérvios simpáticos del cuello, excitacion que pone en movimiento al músculo dilatador de la pupila y los músculos lisos del párpado y de la órbita.

Es, por consiguiente, en la médula oblonga del cerebro, en el sitio en que las fibras simpáticas toman orígen, donde se deben buscar el punto central de la excitacion. No tardan en sufrir los mismos efectos otras partes de la médula oblongada, tales como los nérvios correspondientes al aparato respiratorio, etc. Las aspiraciones aumentan efectivamente desde 4 hasta 12 en una cuarta parte de minuto.

El hipnotismo es lo que ha servido á MM. Hansen y Heidenhain para los esperimentos de Breslau.

Pasaríamos por alto estos efectos del hipnotismo ya muy conocidos, si los experimentadores de Breslau no hubiesen estudiado los efectos auxiliares de los *pases* y de las fricciones que emplean los que magnetizan. El método resulta de este modo mas coordinado y completo, y no solamente se aplica á los individuos afectados de enfermedades nerviosas como los de la Salpetriére, sinó tambien á los personas robustas y sanas. Evidentemente se ha ensanchado el campo de los esperimentos.

Practicando el hipnotismo MM. Hansen y Heidenhain provocan en los individuos robustos la predisposicion á los fenómenos magnéticos. Estos individuos empiezan por mirar fijamente un boton de cristal: despues se adormecen rápidamente y caen en el sueño cataléptico. En seguida la excitacion mas pequeña obra sobre ellos con potencia extraordinaria. Basta, por ejemplo, efectuar algunos ligeros *pases* sobre la piel por el músculo externo-cleido mastoideo para que la cabeza tome enseguida la posicion oblícua conocida por el nombre de *terticolis*. Un ligero rozamiento de la parte del pulgar hace doblar el dedo, despues el antebrazo, y sucesivamente de ambos lados las espaldas y las piernas. En pocos instantes la contraccion se generaliza. Y hasta conviene no insistir mucho en el experimento por no ejercer influencia sobre los músculos respiratorios. La posibilidad de producir una especie de estado tetánico en que resulten inmóviles las partes del cuerpo, constituye uno de los principales artificios de M. Hansen.

En las personas robustas la rigidez muscular es tan grande, que se puede andar sobre un hipnótico que tenga la cabeza y los pies descansando horizontalmente sobre dos sillas, alejadas una de otra, sin que las paredes del vientre cedan á la presion ejercida.

La persona sensible á la contemplacion prévia de un objeto brillante, se vuelve tan impresionable, que una nota repetida y hasta un ruido leve bastan para adormecerla.

Si se hace sentar á una persona sensible junto á una mesa en que haya un relój, y se le recomienda que preste atencion al tic-tac de la máquina, no tarda en sentirse dominado por el sueño cataléptico. La misma accion puede ser ejercida por excitaciones ligeras y contínuas en la epidermis. Los *pases* ejecutados á distancia comunican su movimiento al aire é influyen de igual modo sobre el individuo sensible. Algunas personas se excitan por el oido ó la vista, pero en otras producen mas efecto las excitaciones cutáneas Los órganos que han empezado á entumecerse son tambien los primeros que restablecen

el estado normal de la persona sometida al experimento.

El contacto de una mano fria en la cara, una palabra pronunciada en alta voz junto al oido, una luz que hiere súbitamente los ojos, bastan para poner fin á estos curiosos efectos. Al volver en sí, la predisposicion al hipnotismo subsiste de un modo latente, pues un individuo *hipnotizado* varias veces que pensara que se vá á dormir caeria efectivamente en el sueño cataléptico.

Cuando se suscita en una persona *sensibilizada* la idea de que va á dormir, bien sea diciéndoselo, ó bien bostezando y mirándola fijamente, esa persona se adormece perfectamente en pocos segundos.

Si préviamente se avisa á un individuo sensible que se dormirá á tal ó cual hora y de este ó el otro sitio cuando mire su reloj, la imaginacion de ese individuo se preocupa, no deja de pensar en que vá á adormecerse, y se duerme perfectamente como por arte de mágia á la hora dicha.

Aun se puede ir mas léjos con algunas personas. Si se les anuncia préviamente que han de andar, que han de sentarse ó acostarse, lo hacen conforme se les ha indicado, pareciendo que obedecen el mandato del magnetizador.

Estos fenómenos son los que producen extraordinariamente el asombro del público.

III.

Estos fenómenos se comprenden mas fácilmente cuando se sabe que el *hipnotizado* es inconsciente. Hállase enteramente bajo el imperio de las influencias exteriores, tiende á repetir los movimientos que ante él se efectuan é imita automáticamente todas las actitudes. La conciencia no dirige sus actos; la vista excita en su sistema nervioso el acto cuya nocion percibe por medio de los ojos. Verificase absolutamente el automatismo de Descartes, que con tanta frecuencia se observa en los animales.

Si se levantan los hemisferios cerebrales de una rana, dejándole intacta la médula espinal, la rana queda insensible como si estuviera entregada á un profundo sueño; pero desde el momento en que se la escita da saltos y hasta evita los objetos que se encuentran delante de ella. Arrojándola al agua, nada, y gazna siempre que se la toca en cierto punto de su cuerpo. Es una especie de máquina.

Si se corta la cabeza á un miriápodo cuando está corriendo, el cuerpo continúa avanzando como si nada le hubiese sucedido. El contacto con el suelo evoca la sensacion que determina la marcha.

Cuando se quitan los ganglios encefálicos á un insecto acuático, este permanece inmóvil, mientras se halla colocado en una superficie seca; pero si se le arroja al agua, aunque está decapitado, ejecuta los movimientos ordinarios de la natacion con una energía y una rapidez considerables. La impresion del contacto con el agua crea la accion refleja de los centros nerviosos de la médula.

Los efectos del contacto se presentan fácilmente de relieve bajo un esperimento que puede hacer todo el mundo.

Cójase una mosca, fíjese con una aguja por la parte posterior y clávese el otro extremo de la aguja en un tapon. El corcho hace las veces de sustentáculo. El insecto permanece inmóvil en la punta de la aguja mientras que no se le excite; pero así que se coloca al alcance de sus patas un pedacito de azúcar, de papel, de corcho, este contacto produce la accion refleja, y el animal hace dar vueltas indefinidamente al ligirísimo fragmento que se le ha aplicado. Si este se cae, el insecto recobra su inmovilidad para empezar de nuevo tan pronto como sus patas vuelven á ser escitadas.

Bajo la influencia de excitaciones externas, los animales inconscientes, desprovistos de cerebro, funcionan como si tuvieran propia voluntad. En el hombre sucede lo mismo: la escitacion por la vista, por el tacto, es tambien origen de actos reflejos. Cuando por una causa cualquiera tiene un hombre la médula espinal cortada, resulta una parálisis de toda la parte del cuerpo regida por los nervios interceptados. Las órdenes procedentes del cerebro detiénense en

el punto cortado, y recíprocamente, las impresiones no pueden franquear la parte cortada para remontarse hasta el cerebro. Si entonces se pincha ó se quema el pié, no tendrá el enfermo nocion alguna del daño que se le hace: permanecerá insensible.

La trasmision desde el exterior al cerebro ó desde este al exterior no se verifica. El herido está imposibilitado de mover las piernas y de menear los piés. Y sin embargo, basta que cualquiera le haga cosquillas en la planta del pié para que el enfermo mueva la pierna con tanto vigor como si realmente hubiese experimentado el cosquilleo. La accion en este caso es refleja. La impresion recibida se trasmite desde la piel á la médula, y desde este punto se refleja y desciende á los músculos de la pierna, la cual ejecuta un movimiento hácia atrás como apartándose del punto donde ha tenido orígen la irritacion. La separacion del pié es automática.

En el cuerpo de la persona magnetizada una excitacion cualquiera pone en movimiento el sistema reflejo, y sin que el indivíduo en cuestion tenga conciencia de ello, va y viene á merced del magnetizador.

Si un magnetizado ve al magnetizador levantar la pierna derecha, la levantará él tambien; si el operador baila, el operado bailará igualmente.

La percepcion inconsciente del movimiento trae consigo su complimiento. Hay una relacion constante entre la sensacion y el movimiento que debe producir. De ahi la tendencia á la imitacion que se observa en el *hipnotizado*. Y el público imagina que esto sucede porque la voluntad del magnetizador influye en la persona magnetizada. Sencillamente en este caso la accion refleja es la que sirve de intermediario obligado entre el operador y el indivíduo hipnotizado.

Se nos permitirá que recordemos con este motivo un experimento personal de larga fecha el cual prueba que la facultad imitativa é inconsciente del magnetizado, es realmente, un hecho general.

La escena ocurria en la América Central, en una pequeña aldea situada á orilllas del Atlántico y poblada por una tribu de indios.

A fin de pasar el tiempo, yo me entretenia en hipnotizar á los indígenas con gruesos tapones de botella.

Los naturales de aquel país son muy impresionables. Despues de algunas sesiones logré adormecer á seis ó siete indios, los cuales, al cabo de un mes, se habian trasformado en verdaderos autómatas.

Cuando al caer la tarde pasaba cerca de sus chozas, abríanse las puertas unas tras otras, como si obedecieran á mi mandato. Primero salia un indio y me seguia, despues el segundo se atemperaba á los pasos del primero, luego un tercer indio á su vez colocábase detrás del segundo, y así sucesivamente hasta que salia el último.

Caminábamos todos cadenciosamente, como si fuéramos un hombre solo. Si yo corria, ellos corrian; sentábanse si yo me sentaba; se arrodillaban, levantaban los brazos lo mismo que yo lo hacia.

Si los hubiese arrastrado hacia el mar, al mar hubieran ido. Es imposible explicar el efecto que en los demás indios producia esta aparente obediencia absoluta. Evidentemente un hipnotizador de mucha voluntad y constancia, lograria convertirse fácilmente en gran jefe de la tribu.

Esta observacion de que varios europeos fueron testigos, repitióse muchas veces.

IV.

Es pues, evidente, que bajo el dominio del hipnotismo el hombre no tiene conciencia de lo que le sucede.

Es un cuerpo sin alma al que gobiernan impresiones de toda especie que lo hacen funcionar directamente.

No todas las excitaciones, sin embargo, tienen sobre él la misma fuerza. Hay hinópticos pasivos y silenciosos. Si se habla delante de ellos, permanecen en silencio; la escitacion sonora no provoca su emision de voz. Pero si se les ejerce una presion con la mano, en la nuca, enseguida repiten palabra por palabra todas las que han sido pronunciadas.

Con una ligera presion en el cuello, entre las vértebras cuarta y sétima, M. Heidenhain ha logrado que el hinóptico lanzara un gemido.

Oprimiendo la region situada lateralmente cerca de la última vértebra, la pierna correspondiente se mueve hácia atrás. Oprimiendo la piel de ambos lados de la vértebra, el individuo dá un salto, moviendo bruscamente las piernas en sentido posterior. Tambien se puede hacer que ande hácia atrás.

Estos fenómenos se asemejaban mucho á los que M. Goltz ha provocado en las ranas despues de haberles quitado los hemisferios centrales. Una ligera presion en un punto de la médula obligaba á la rana á gaznar. La presion en otros puntos la hacia saltar, nadar, etc.

Parece que existe una analogía muy íntima entre las personas hipnotizadas y los animales desposeidos de cerebro. Lo mismo que sucede con el pichon de Flourens y con la rana de Goltz; en el individuo hipnotizado; las débiles presiones sobre puntos determinados é inmediatos á la columna vertebral determinan actos automáticos. Los brazos se levantan por encima de la cabeza ó se retuercen convulsivamente. Si se aplica una corneta acústica á la nuca ó á la boca del estómago del individuo sobre quien se hagan los experimentos, éste, sordo hasta entonces á las palabras pronunciadas á su oido se apodera perfectamente de los sonidos articulados repitiéndolos aunque pertenezcan á una lengua que desconozca.

Hay en todo esto una série de fenómenos sumamente interesantes que deben estudiarse con mucho cuidado.

Así, pues, ¿cómo pasar por alto el curioso fenómeno del hipnotismo bilateral? Se puede hipnotizar solamente un lado del cuerpo, quedando el otro en su estado normal. Las mas sencillas presiones comunican á la mitad del cuerpo una rigidez absoluta. Cuando se toca con un cuerpo frio, un lado tan solo de un individuo totalmente hipnotizado, la mitad que ha sufrido el contacto recobra su sensibilidad y vuelve al estado normal.

Los ojos quedan generalmente entreabiertos; pero se les puede obligar á abrirse completamente tocando al párpado ó la frente con un cuerpo frio.

Todos estos múltiples hechos reclaman evidentemente minuciosas y profundas investigaciones.

Y lo curioso es que un sueño tan profundo, el sueño cataléptico, que ocasiona la insensibilidad absoluta, se engendre de un modo tan elemental y sencillo, y desaparezca tambien bajo una influencia casi inapreciable. Un soplo, una palabra, la impresion de un cuerpo frio en la frente ó en la cara, cualquiera de estas circunstancias suele bastar para que el sueño termine y cese el desórden. ¿Puede hallarse una cosa mas extraordinaria? ¿Hay fenómenos que con mas fuerza susciten las meditaciones de los fisiólogos?

Hé aqui un hombre robusto. Se le obliga á fijar la vista sobre un objeto durante cuatro ó cinco minutos. ¡Ya concluyó! En seguida pierde toda personalidad; se queda dormido; sus miembros adquieren una rigidez cadavérica; no siente nada; se le pincha, se le quema, se le hiere impunemente. Es una masa inerte que puede ser pisoteada.

El individuo ha dejado de existir: no queda otra cosa que una rueda bien montada, que como un mecanismo á la Vancanson, funcionará á merced del primero que llegue. Es un cuerpo sin cabeza.

Y no obstante, soplais sobre este monton de órganos, sobre estos tejidos vivientes y el individuo se despierta bruscamente. El cerebro vuelve á tomar posesion del cuerpo: aparece de nuevo la personalidad del hombre.

¡Qué metamórfosis tan asombrosas!

Mr. Heidenhain atribuye el sueño hipnótico á una paralizacion de las células ganglionales de la capa cortical gris del cerebro. Esta paralizacion debe ser producida por la irritacion débil, pero continua, de los nervios, de la vista, del oido, de la cara etc.

Es, en efecto, la capa cortical gris la que manda los movimientos, la que los provoca y los detiene.

Es verosímil que toda modificacion intima en las cédulas, suprima en la persona hipnotizada la representacion consciente de las impresiones sensoriales, impidiéndole la ejecucion de los actos voluntarios.

Sea ó no aceptable esta opinion, el caso es que los hechos que acabamos de exponer muestran suficientemente todo el interés que entraña una cuestion como esta, apenas explorada.

Es de esperar que se llevarán mas allá los estudios de estos fenómenos tan marcadamente caracterizados.

Las investigaciones que se emprendan sériamente en este nuevo camino, con todos los recursos de que dispone la ciencia moderna ejercerán á la vez su provechoso influjo sobre la fisiología y la psicología experimentales.

H. de P.

(De *El Globo*).

CONFERENCIAS

DE ERNESTO RENAN, EN LÓNDRES.

Tercera.

Roma, centro de formacion de la autoridad eclesiástica.

(Continuacion.)

Lo que hay de mas extraño, es que aquellos locos no dejaban de tener razon. Los exaltados de Jerusalem que afirmaban que esta ciudad era eterna, mientras ardia, estaban mucho mas cerca de la verdad que las gentes que no veian en ello mas que á una horda de asesinos. Equivocábanse acerca de la cuestion militar, pero no acerca del lejano resultado religioso. Aquellos dias turbulentos indicaban perfectamente el instante en que Jerusalem se convertia en la capital espiritual del mundo. El Apocalipsis, expresion ardiente del amor que ella inspiraba, figura entre los escritos religiosos de la humanidad y ha consagrado la imágen de la «ciudad amada.» ¡Ah! ¡No es posible decir de antemano quien será en el porvenir, santo ó malvado, loco ó cuerdo! Jerusalem, ciudad de mediocres burgueses, habria debido proseguir indefinidamente su mediocre historia. Porque tuvo el incomparable honor de ser la cuna del cristianismo, fué víctima de los Juan de Giskhala y de los Bar-Gioras, al parecer plagas de su pátria, y en realidad instrumentos de su apoteósis. Estos individuos, á quienes Josepho trata de bandidos y asesinos, eran hombres políticos de última clase y militares poco capaces; pero perdieron heróicamente una pátria que no podia ser salvada. Perdieron una ciudad material y abrieron el reino de la Jerusalem espiritual, mas gloriosa que lo que habia sido en tiempo de Herodes y de Salomon. ¿Qué pretendian, en efecto, los conservadores? Querian realizar algo de mezquino: la continuacion de una ciudad de sacerdotes, como Emero, Tijana ó Comana. Y en verdad, no se engañaban cuando decian que las manifestaciones de entusiasmo eran la pérdida de la nacion. La revolucion y el mesianismo destruian la vida nacional del pueblo judío; pero la revolucion y el mesianismo constituian la vocacion de aquel pueblo, por cuyo motivo contribuia á la obra universal de la civilizacion.

II.

La victoria de Roma fué completa. Un capitan de nuestra raza, de nuestra sangre, un hombre como nosotros, á la cabeza de legiones en cuya lista encontrariamos, si pudiéramos leerla, á muchos de nuestros antepasados, acababa de destruir la fortaleza del semitismo, de imponer á la ley considerada como revelada la mayor derrota que jamás hubo recibido. Era aquel el triunfo del derecho romano, ó mejor dicho, del derecho racional, creacion enteramente filosófica que no suponia ninguna revelacion relativa á la *Thora* judía, fruto de una revelacion. Este derecho, cuyas raices eran en cierto modo griegas, pero en el que el génio práctico de los latinos tomó tan gran parte, era el donativo que Roma hacia á los vencidos á cambio de su independencia. Cada victoria de Roma era una victoria para la razon. Roma aportaba al mundo un principio mayor bajo muchos conceptos que el de los judíos, esto es, el Estado profano, basado en una concepcion puramente civil de la sociedad.

El triunfo de Tito fué, pues, legítimo, bajo muchos aspectos, y sin embargo, no ha habido jamás un triunfo mas inútil. La deplorable nulidad religiosa de Roma hizo infructuosa su victoria. Esta no retardó ni un solo dia los progresos del judaismo ni dió á la religion del imperio una ventaja mas para luchar contra aquel ter-

rible rival. Perdióse para siempre la vida nacional del pueblo judío: pero esto pudo considerarse como una fortuna. La verdadera gloria del judaismo, era el cristianismo, que se disponía á nacer. Así pues, la ruina de Jerusalem y del templo constituyó para el cristiano una fortuna sin igual.

Si el rozamiento atribuido por Tácito á Tito está relatado con exactitud, el general victorioso creyó que la destruccion del templo sería la ruina del cristianismo, así como la del judaismo. Jamás se ha equivocado nadie de un modo mas completo. Al arrancar la raiz, los romanos se figuraban arrancar tambien el retoño; pero éste era ya un arbusto que vivia de por sí.

Si el templo hubiese subsistido, el cristianismo habria sido indudablemente detenido en su desarrollo. El templo hubiera seguido entonces siendo el centro de todas las obras judaicas. Jamás se habria dejado de considerársele como el lugar mas sagrado del mundo, de acudir á él en peregrinacion y de ofrecerle toda clase de tributos. La Iglesia de Jerusalem, agrupada en torno de los atrios sagrados, hubiera seguido obteniendo en nombre de su primacía, los homenajes de todo el mundo, persiguiendo á los cristianos de las Iglesias de Pablo, y exigiendo que para llamarse discípulo de Jesús se practicase la circuncision y se observase el Código mosaico. Hubiérase prohibido toda propaganda fecunda, se habrian exigido al misionero cartas de obediencia firmadas en Jerusalem, y se habria establecido constituyendo un verdadero peligro para la naciente Iglesia, un centro de autoridad irrefragable, un patriarcado compuesto de una especie de colegio de cardenales bajo la presidencia de indivíduos como Santiago, judíos puros, pertenecientes á la familia de Jesús. Cuando despues de tan malos procedimientos se vé permanecer á San Pablo siempre unido á la Iglesia de Jerusalem, concíbese la série de dificultades que hubiera ocasionado una ruptura con aquellos santos varones. Semejante cisma habria sido considerado como un suceso muy grave.

La separacion del judaismo era, no obstante, la condicion indispensable de la existencia de la nueva religion. La madre iba á matar al hijo. El templo por el contrario, una vez destruido, es olvidado por los cristianos, y muy pronto le tendrán por un lugar profano: Jesús será todo para ellos. La iglesia cristiana de Jerusalem quedó al mismo tiempo reducida á una importancia secundaria.

Vésela reformarse alrededor del elemento que constituia su fuerza, los *desposyni*, los miembros de la familia de Jesús, los hijos de Clopas, pero no reinará mas. Una vez destruido aquel centro de ódio de exclusion, será fácil la aproximacion de los partidos opuestos de la iglesia de Jesús. Pedro y Pablo serán reconciliados de oficio, y el terrible dualismo del cristianismo naciente dejará de ser una herida mortal. Perdido en el fondo de la Batania y del Heuran, el pequeño grupo que se unió á los parientes de Jesús, á los Santiagos y á los Clopas llega á constituir la secta ebionita y muere lentamente.

Aquellos parientes de Jesús eran gentes piadosas, tranquilas, modestas dedicadas al trabajo y fieles á los mas severos principios de Jesús sobre la pobreza, pero al mismo tiempo judíos muy exactos que anteponian á todo el título de hijos de Israel. Desde el año 70 hasta cerca del año 110, gobiernan realmente las iglesias situadas mas allá del Jordan, y forman una especie de senado cristiano.

No hay necesidad de demostrar el inmenso peligro que encerraban para el cristianismo naciente aquellas preocupaciones de genealogía. Iba á organizarse una especie de nobleza del cristianismo. En el órden político, la nobleza es casi necesaria al Estado, toda vez que la política no es agena á ciertas luchas groseras que hacen de ella una cosa mas material que ideal. Un Estado no es bastante fuerte sino cuando cierto número de familias tienen, merced á un privilegio tradicional, que representarlo y defenderlo por deber y por interés. Pero en el órden de lo ideal, el nacimiento no significa nada; cada cual vale en proporcion de lo que descubre de verdad, y de lo que realiza de bueno. Las instituciones que tienen un fin religioso, literario, moral, están perdidas cuando llegan á prevalecer en ellas consideraciones de familia, de casta y de herencia. Los sobrinos y los primos de Jesús habrian ocasionado la pérdida del cristianismo si las Iglesias de Pablo no hubiesen tenido bastante fuerza para servir de contrapeso á aquella aristocracia cuya tendencia hubiera sido la de proclamarse como única respetable, tratando á todos los convertidos como intrusos. Habrian surgido entonces pretensiones análogas á la de los aliados en el islam. El islamismo habria de seguro perecido bajo el peso de las dificultades causadas por la familia del profeta si el resultado de las luchas del primer siglo de

la égira no hubiese sido el de relegar á un segundo término, á todos los que habian estado estrechamente unidos á la persona del fundador. Los verdaderos sucesores de un grande hombre son los que prosiguen su obra y no sus parientes. Considerando la tradicion de Jesús como su propiedad, la pequeña asociacion de los nazarenos, como se les llamaba, la habria indudablemente destruido. Por fortuna desapareció muy pronto aquel estrecho círculo; los parientes de Jesús fueron en breve olvidados en el fondo del Hauran. Perdieron allí toda su importancia y dejaron á Jesús entregado á su verdadera familia, á la única que él habia reconocido, á los que «oyen la palabra de Dios y la custodian.»

III.

A medida que la Iglesia de Jerusalem desciende, la Iglesia de Roma se eleva ó mejor dicho durante los años que siguen á la victoria de Tito, se presenta con toda evidencia el fenómeno de que la Iglesia de Roma se convierte de dia en dia en la sucesora de la de Jerusalem y llega á sustituirla. El espíritu de las dos Iglesias es el mismo; pero lo que era un peligro en Jerusalem fué una ventaja en Roma. La aficion á las tradiciones y á la gerarquía y el respeto á la autoridad, son en cierto modo trasplantados de los atrios del templo en Occidente. Santiago, hermano del Señor, habia sido en Jerusalem una especie de papa; Roma va á reivindicar el papel de Santiago y tendremos el papa de Roma. Sin Tito habríamos tenido el papa de Jerusalem. Pero existe la diferencia de que el papa de Jerusalem habria destruido el cristianismo al cabo de cien ó doscientos años, mientras que el papa de Roma ha hecho de él la religion del universo.

Esto lo demuestra perfectamente un importante personaje que parece haber sido jefe de la Iglesia romana en los primeros años del siglo primero, y acerca del cual tengo la fortuna de hallarme de acuerdo con uno de vuestros más hábiles é ilustrados críticos, M. Lightfoot. Trátase de Clemente Romano. En la penumbra donde permanece envuelto, y como perdido en el polvo luminoso de un lejano término histórico, Clemente es una de las grandes figuras del cristianismo naciente. Tomaríasele por una cabeza de un antiguo y borroso fresco de Giotto, visible aún por su aureola de oro y por algunos rasgos de un brillo puro y suave. Lo que está fuera de duda es el elevado rango que ocupó en la gerarquía espiritual de la Iglesia de su tiempo y el crédito sin igual de que gozó. Su aprobacion tenia fuerza de ley. Todos los partidos se lo atribuyeron y quisieron escudarse con su autoridad.

Es probable que fuese uno de los agentes mas enérgicos de la gran obra que iba á realizarse, quiero decir, la reconciliacion póstuma de Pedro y Pablo y la fusion de los dos partidos, sin la union de los cuales la obra de Cristo no podía dejar de perecer. Su elevada personalidad, engrandecida aún por la leyenda, fué, despues de la de San Pedro, la más santa imágen de la primitiva Roma cristiana.

Empezaba á vislumbrarse ya la idea de cierta supremacía de la Iglesia de Roma, á la que se concedia el derecho de amonestar á las otras Iglesias y de arreglar sus diferencias. Segun se suponia, semejantes privilegios habian sido otorgados á Pedro entre los discípulos. Así, pues, establecíase un lazo cada vez mas estrecho entre Pedro y Roma. En tiempo de Clemente, la Iglesia de Corinto fué desgarrada por graves disensiones. Consultada la Iglesia romana sobre tales sucesos, contestó por medio de una epístola que nos ha sido conservada. La epístola es anónima; pero una de las tradiciones mas antiguas quiere que Clemente haya sido su redactor. La Iglesia de Corinto no habia cambiado mucho desde San Pablo, y tenia el mismo espíritu de orgullo, de disputa y de ligereza. Compréndese que la principal oposicion contra la gerarquía residia en ese espíritu griego, siempre móvil porque era vivo, indisciplinado y que no sabia reducir una turba al estado de rebaño. Las mujeres y los niños estaban en plena revuelta. Varios doctores se figuraban poseer sobre todas las cosas sentidos profundos y secretos místicos análogos al don de lenguas y al discernimiento de los espíritus. Los que estaban dotados de esos dones sobrenaturales, despreciaban á los antiguos y aspiraban á reemplazarlos. Corinto tenia un presbiterado respetable, pero que no llegaba á inspirarse en un elevado misticismo. Los iluminados pretendian eclipsarlos y colocarse en su puesto, y hasta algunos presbíteros fueron destituidos. Empezaba la lucha de la gerarquía establecida y de las revelaciones personales, y esa lucha llenará toda la historia de la Iglesia, considerando el alma privilegiada como malo, que á pesar de los favores que habia recibido, un clero grose-

ro y extraño á la vida espiritual la dominase. Esto era, segun se vé, la heregía del misticismo individual sosteniendo los derechos del espíritu contra la autoridad, y pretendiendo elevarse por encima del comun de los mortales y del clero ordinario, en nombre de sus relaciones directas con la divinidad.

La iglesia romana era desde entonces la iglesia del órden, de la subordinacion, de la regla. Su principio fundamental era que la humildad y la sumision valen mas que los dones mas sublimes. Su epistola es en la Iglesia cristiana el primer manifiesto del principio de autoridad.

(Continuará.)

LOS CEMENTERIOS.

—

Conflictos jurisdiccionales entre el Estado y la Iglesia.

Aun admitiéndose por parte del Estado que solo á la Iglesia corresponde esclusivamente la facultad de decidir sin apelacion quiénes mueren dentro de su comunion y quiénes fuera de ella, y por consiguiente de conceder á unos y negar á los otros la sepultura eclesiástica, no por esto habrán acabado los conflictos entre las potestades temporal y espiritual que ocurrirán constantemente mientras existan los cementerios confesionales ó separados por cultos.

Poco importa que se construyan otros especiales para los que mueren separados de la religion católica y que sea escrupulosa la vigilancia de las autoridades eclesiásticas en conceder tierra santa, esto no impedirá que con frecuencia se sepulten en el Cementerio de los fieles cadáveres indignos de cristiana sepultura, ó que al contrario se entierren provisionalmente en lugar no sagrado otros cuerpos que luego con mayor conocimiento de causa no resulten merecedores de aquel castigo. Y en ambos casos exigen los sagrados Cánones la exhumacion de aquellos cadáveres ya para reconciliar el Cementerio arrojando fuera de allí el cuerpo del pecador, *et prócul ab eclesiástica sepultura jactari*; ya para darle sepultura cristiana tan pronto como se pronuncie el fallo favorable, al objeto de que no padezca mas tiempo la honra cristiana de aquel difunto yaciendo entre los réprobos y condenados, ni se vea privado del beneficio de las preces de la Iglesia y del consuelo de descansar en tierra bendita y al lado de los demás fieles.

Pero los desenterramientos en determinadas circunstancias pueden ofrecer graves peligros para la salud pública, y el Estado tiene la altísima obligacion de mirar y procurar por ella en bien de la vida de sus administrados.

Hé aquí como surge el conflicto entre el poder temporal y el poder espiritual, entre el Estado y la Iglesia. Las leyes canónicas ordenan que en determinados casos, y sin consideracion alguna terrena, se exhuman los cadáveres que han sido indebidamente sepultados, y el Estado en virtud del artículo 4.° del Concordato debe dejar expedita y libre la jurisdiccion eclesiástica en todo lo que pertenece al derecho y ejercicio de su autoridad, por más que á ello se oponga las prescripciones higiénicas y por mucho que peligre la salud pública.

Pero las consecuencias de este rigorismo jurídico pueden ser en determinados casos de tanta gravedad que algunos gobiernos, muy respetuosos por otra parte ante los derechos de la Iglesia, no han tenido escrúpulo alguno, apoyándose en altísimas razones de higiene pública, de impedir que se verificasen exhumaciones de esta clase por más que el hecho envolviese un verdadero atentado á la jurisdiccion eclesiástica tan plenamente reconocida por nuestras leyes.

En 1858, poco despues de firmado el Concordato, y con motivo de exigir la Autoridad eclesiástica de la diócesis de Oviedo la exhumacion de un cadáver, nuestro Consejo de Estado, como cuestion que era aquella á la vez de policia sanitaria, y de salubridad pública, consultó al Consejo de Sanidad del Reino y este en su dictámen consignó lo siguiente;

«Hecha cargo del asunto la seccion 1.ª, no puede menos de reconocer que una vez inhumado un cadáver, y despues que ha tras-

currido tiempo suficiente para que entre en putrefaccion, *ofrece su exhumacion formales peligros para la salud pública*, sobre todo cuando ese cadáver putrefacto ha de conducirse á un campo-santo para inhumarse de nuevo.

»Hállase tan bien comprobada y tan generalmente reconocida la calidad deletérea de las emanaciones cadavéricas; son tantos los hechos de enfermedades graves y hasta de epidémicas que han tenido por orígen las exhumaciones de los restos cadavéricos, que considera ocioso emitir aquí doctrinas ni ejemplos para probarlo una vez más, sobre todo cuando el convencimiento es tan general que se estiende hasta el vulgo.

»Fuera, pues, una disposicion claramente contraria á las mejor sentadas reglas higiénicas, la de exhumar un cadáver, provisionalmente sepultado, para trasladarle al lugar sagrado y hacer una nueva inhumacion.»

Y las Secciones reunidas de Gobernacion, Fomento, Estado y Gracia y Justicia del Consejo de Estado, en vista del razonado informe del de Sanidad y de la Real órden del 19 de Marzo de 1848 que prohibe la exhumacion y traslacion de cadáveres antes de haber trascurrido dos años desde la inhumacion, opinaron que no podia accederse á lo que solicitaba el señor Obispo de Oviedo de exhumar el cadáver, y así se dignó acordarlo la reina Isabel II, y así se comunicó al Gobernador de la Coruña por Real órden de 6 de octubre de 1859 como *regla general* para la resolucion de casos análogos.

Pues bien; á pesar de los párrafos trascritos del informe del Consejo de Sanidad, de haber reconocido el gobierno la obligacion en que se hallaba de mirar y procurar *ante todo* por la conservacion de la salud pública, y de haber dictado la Real órden de 6 de octubre de 1859 como regla general para la resolucion de casos análogos, fueron tantas las razones que en contra de esta resolucion adujeron varios obispos españoles, y demostraron tan claramente que el bien de las almas debia prevalecer siempre al bien de los cuerpos, y que ninguna consideracion de salud pública ó higiene podia entorpecer la accion jurisdiccional de la Iglesia, que á los tres años de haber prohibido el gobierno la exhumacion que pretendia el Obispo de Oviedo, ya se dictaba otra Real órden que facultaba para desenterrar un cadáver, poco tiempo despues de sepultado, por más que segun el dictámen del Consejo de Sanidad «se halle comprobada y reconocida la calidad deletérea de las emanaciones cadavéricas, y hayan sido muchas las enfermedades graves y hasta epidémicas que debieran su orígen á exhumaciones de restos cadavéricos.»

Con motivo de haberse enterrado en el cementerio de la Escala el cadáver de un impenitente y haber exigido su desenterramiento el Obispo de Gerona para proceder á la reconciliacion de aquel lugar sagrado contra el que habia fulminado el entredicho, la misma Reina Isabel II, considerando en esta ocasion que segun el artículo 4.° del Concordato es absoluta la libertad de la Iglesia en todo lo que pertenece al derecho y ejercicio de sus Autoridades, y considerando además que el objeto de la Real órden de 19 marzo de 1848 relativa á la exhumacion y traslacion de cadáveres de un cementerio á otro, etc., fué impedir las frecuentes é inmotivadas exhumaciones y traslacion de cadáveres, y de ninguna manera el de poner obstáculos á la accion de la justicia eclesiástica ni civil, despues de haber oido al Consejo de Estado, resolvió con fecha de 29 de octubre de 1861, que se dejase espedita la jurisdiccion del diocesano de Gerona en el caso de que se trataba y en *todos los demás que ocurriesen de igual naturaleza*, llevando á efecto inmediatamente la exhumacion, prévias las precauciones higiénicas que requiriese el estado del difunto.

Pero tampoco evitó esta Real órden ulteriores conflictos entre las Autoridades civil y eclesiástica. A pesar de tan esplícita disposicion, en varios otros casos en que las Potestades de la Iglesia han intentado desenterrar cadáveres despues de poco tiempo de inhumanos, nuestros Gobiernos, amparándose de nuevo á la Real órden de 19 de

marzo de 1848 y á las demás disposiciones sanitarias, se han opuesto terminantemente á que se exhumara ningun cadáver antes de transcurridos 2 años desde su entierro.

En 1874 en un conflicto de esta clase ocurrido en la diócesis de Tarazona, reconociendo el ilustrado obispo que la dirigia la gravedad que envolvia la exhumacion de un cadáver despues de algunos dias de sepultura y ya en descomposicion, propuso al Gobierno rodear con tapias al cadáver que habia sido declarado indigno de tierra santa, y aguardar así dos años para su exhumacion y traslacion, como así se verificó, levantándose el entredicho del cementerio profanado.

Pero este procedimiento conciliador tampoco ha dado resultado, en primer lugar, tal vez porque los Cánones disponen terminantemente que para reconciliar el Cementerio sea ante todo arrojado fuera de allí el cadáver del pecador, *et procul ab eclesiástica sepultura jactari;* y en segundo lugar, porque en muchos casos no es posible rodear con tapias el cadáver del réprobo, dada su colocacion en el Campo Santo, y sin rodear y aislar á la vez con las mismas paredes otros cadáveres de fieles que descansan á su lado.

El actual gobierno queriendo respetar como ninguno la jurisdiccion de la Iglesia, convencido como estará, segun lo demuestran sus actos, de que el contagio moral que despide en un cementerio cristiano el cadáver de un impenitente ó herege, es mucho más nocivo y perjudicial que la peste que pudiese desarrollar su exhumacion, ha reconocido la plena libertad del Poder espiritual para verificar todos desenterramientos prevenidos por los Sagrados Cánones; si bien es verdad que, segun la Real órden de 31 de marzo último dictada á instancia del Obispo de Sigüenza que reclamaba la facultad de exhumar el cadáver de un suicida enterrado por disposicion del juez en el cementerio catolico, no proceden tales exhumaciones cuando á ello se oponen *razones de salubridad publica*, en cuyo caso se procederá, dice esta Real órden, á rodear el cadáver con una tapia *á la altura de las del mismo cementerio*, hasta que pasados los dos años que fijan las prescripciones sanitarias se verifique su exhumacion y traslacion, demoliéndose entónces la tapia levantada.

Pero sea que la Iglesia no haya considerado compatible con los Cánones aquella restriccion, ó que no se opusieran todavía, —en cuyo caso no sabemos cuándo se opondrán,—las razones de salubridad pública que espresa la Real órden últimamente dictada, es lo cierto que en los mismos dias de publicarse ésta en el *Boletin Eclesiástico* de Sigüenza, y con posterioridad á su publicacion, el gobierno ha consentido y tolerado, con olvido de todas las prescripciones sanitarias, que los Poderes espirituales arrancasen de sus fosas y hasta dejasen durante algunas horas al aire libre, cadáveres en putrefaccion que hacia más de treinta dias que habian recibido sepultura.

¿A qué deberán atenerse, pues, en conflictos semejantes los Alcaldes y Gobernadores civiles? A la voluntad y sólo á la voluntad de sus superiores gerárquicos, que á la vez dependerá como siempre de las corrientes ultramontanas que dominen en aquel momento.

LOS CEMENTERIOS DE LOS RÉPROBOS.

—

La intolerancia religiosa, lógica siempre con los principios de su doctrina, no podia aceptar otro cementerio que el destinado á los que mueren dentro de la comunion de su Iglesia. Para los demás, para los infieles y herejes, para los incrédulos é impenitentes, bastaba cualquier rincon inmundo y abandonado á toda clase de profanaciones. Así como era necesario, cuando imperaba la intransigencia, la condicion de católico para contraer matrimonio legal y constituir una familia, tambien era indispensable la misma cualidad para poder merecer y recibir decorosa y digna sepultura. Era este realmente un medio poderoso para ejercer presion en las conciencias, contener á los que sentian vacilar su fé y obligar á seguir practicando el culto, por medio de la más vituperable

hipocresía, á aquellos que habian desterrado ya del fondo de su alma las antiguas creencias para sustituirlas con otras que consideraban más perfectas y más santas.

Pero desde el momento que la tolerancia religiosa, á pesar de todas las violencias y de tantas víctimas, fué reconocida y proclamada como dogma de la humanidad, resultó como forzosa consecuencia el deber sagrado de guardar el debido respeto á los restos de todos nuestros semejantes, sin distincion de creencias ni de cultos, en nombre de la unidad universal humana y como hijos todos de un Padre comun. Un mismo cementerio debia ya guardar las cenizas de todos, descansando en paz los unos al lado de los otros, como juntos vivieron en el seno de la sociedad, á pesar de la diversidad de su religion y de su fé.

Esto reclama la libertad de conciencia, esto exige el respeto que se debe á la muerte, y el derecho, sobre todo, que tiene el hombre de poder pensar libremente en Dios al llegar la hora suprema, sin temor de ser enterrado con oprobio, de ser arrojado en un rincon como un réprobo y apestado, dejando una mala memoria y hasta una mancha eu el nombre de su familia. Pero desgraciadamente, en algunos países todavía la intolerancia deja sentir sus funestos efectos en la hora triste de la muerte, á consecuencia de la actual organizacion de los cementerios. Se ha conseguido algo, pero no todo lo que se debe á la libertad religiosa y á la inviolabilidad de la conciencia.

El partido de la intransigencia, no pudiendo resistir esta justa y legítima aspiracion de la humanidad, de que no se profanara la hora de la muerte, ni se negara á los disidentes honrada sepultura, ha aceptado en principio una especie de transaccion que envuelve tambien en el fondo un ataque á la libertad de conciencia. Continua rechazando con todas sus fuerzas los cementerios neutrales, consagrados al culto de todos los muertos sin escepcion de creencias, y sólo admite, aún con cierta repugnancia, cementerios especiales para los que mueren separados de la comunion de su fé; de la misma manera que en el órden de la familia se ha opuesto á que el matrimonio civil fuese obligatorio para todos y sólo lo ha aceptado como especial para los no católicos.

Este sistema no respeta debidamente tampoco los derechos de la conciencia. El que haya visitado alguno de nuestros cementerios civiles destinados á los que mueren separados de la Religion católica, no habrá podido ménos que esperimentar una impresion desagradable. El abandono que generalmente se observa, ya intencionadamente procurado, el lugar retirado que ocupan, las míseras puertas que les dán entrada y las tapias que les separan de los católicos, les dán y darán siempre el aspecto de un sitio de oprobio y de castigo. El ser enterrado allí envuelve una censura para el difunto y una especie de deshonra para su familia, cuyas consecuencias no pueden ménos que dejarse sentir en la hora de la muerte y oprimir la conciencia en aquel instante supremo, sintiéndose forzado el moribundo para evitar amarguras á sus deudos, y para que su memoria sea respetada, á fingir creencias y á profanar sacramentos, engañando á la sociedad y faltando á su conciencia y ofendiendo á Dios.

Y todavía la intransigencia religiosa se resiste y opone todos los obstáculos imaginables, allí donde puede, para demorar la construccion de estos cementerios destinados esclusivamente á los pecadores y apestados.

Ya en el año 1855, en época de libertad y por lo mismo de tolerancia religiosa, se dictó una ley para la construcion de aquellos cementerios, y se mandó que allí donde no los hubiese los alcaldes y los ayuntamientos cuidaran, bajo su mas estrecha responsabilidad, de que los cadáveres de los que muriesen fuera de la comunion católica fuesen enterrados con el decoro debido á los restos humanos, *tomando las precauciones convenientes para evitar toda profanacion.*

Se desprende desde luego de esta ley que no debia guardarse siempre el respeto debido á los restos de los que morian separados

de la fé católica. La ley como sucede generalmente en España, quedó publicada en la *Gaceta* sin producir ningun efecto, ya porque el mismo gobierno tal vez no pensaria más en ella, ya porque en la mayor parte de los pueblos predominaria la influencia de ciertas clases que no verian con gusto la construccion de aquellos cementerios.

Así continuó todo hasta que volvió otra vez un período de libertad. Despues de tres años de verificada la revolucion de setiembre llegó á dictarse una Real órden en la que, despues de indicarse los gravísimos conflictos que ocurrian entre las Autoridades civil y religiosa con motivo de las inhumaciones de personas que fallecian fuera del gremio de la Iglesia, y en tanto las Córtes resolviesen la secularizacion de los cementerios, se disponia que los ayuntamientos de los pueblos destinasen dentro de los cementerios un lugar separado del resto, donde con el mayor decoro y al abrigo de toda profanacion, se diese sepultura á los cadáveres de aquellos que perteneciesen á religion distinta de la católica.

Pero á esta disposicion se opuso con todas sus fuerzas la Iglesia, porque tendia á confundir los restos de los pecadores con los de los buenos, y convertir en neutrales los cementerios. Subió entonces á la Presidencia del Consejo D. Práxedes Mateo Sagasta, y deseando acentuar la política conservadora, dictó otra Real órden, que dejando sin efecto la anterior, mandaba construir cementerios especiales separados de los católicos por medio del correspondiente muro y con puerta especial é independiente por la que entrasen los cadáveres que allí debiesen inhumarse y las personas que los acompañasen.

Tampoco dieron resultado estas Reales órdenes, se construyó en algunas poblaciones el cementerio civil, ó mejor se destinó á ello un pobre pedazo de terreno circuido de cuatro tristes paredes, pero en la mayor parte de los pueblos la intransigencia neo-católica por medio de sus influencias y manejos logró como siempre impedir el que se diera cumplimiento á las disposiciones de nuestro gobierno.

Pero los conflictos se repetian todos los dias; como se repiten aun, las profanaciones de los cadáveres de los incrédulos é impenitentes eran frecuentes, las quejas y reclamaciones contínuas, y los Prelados ilustrados no podian mirar con indiferencia aquellas desagradables escenas.

Los mismos Obispos se sintieron obligados á procurar la construccion de los cementerios destinados á los que mueren fuera de la comunion de la Iglesia. Y de ahí que el bondadoso Prelado Fr. Joaquin Lluch encareciese él mismo, cuando presidia esta diócesis, el cumplimiento de la última Real órden del Sr. Sagasta, de 28 de febrero de 1872 que disponia la construccion de aquellos cementerios.

Aquel Prelado, hoy arzobispo de Sevilla, en una disposicion de 28 de agosto de 1876 que se publicó en el *Boletin eclesiástico* de esta diócesis de 6 de setiembre del mismo año, despues de un breve preámbulo en que que se hacia mencion de la citada Real órden de 28 de febrero de 1872, decia lo siguiente:

«Por causas que no nos proponemos apreciar en esta ocasion, algunos Ayuntamientos no han dado todavía cumplimiento á estas disposiciones legales, originándose de ahí desagradables conflictos entre las Autoridades eclesiásticas y civil de los pueblos, que deseamos ver siempre unidas procediendo de acuerdo para el bien espiritual y temporal de sus administradores. Fruto que esos conflictos ha sido en algunas localidades la consiguiente desmoralizacion, cuyas tristes consecuencias no pueden menos de afligirnos.

»Con el fin de obviar en lo sucesivo tan lamentables inconvenientes, encargamos á nuestros amados celosos Curas-párrocos: 1.º Que no desistan de instar á sus respectivos Ayuntamientos, para que, donde no hubiere tenido efecto, se cumpla lo dispuesto en la precitada Real órden.—2.º Que si á pesar de sus gestiones, aquellos funcionarios continuaran inactivos, procuren

»los mismos Curas párrocos, con la debida »autorizacion y cumpliendo con las leyes »sanitarias vigentes, cercar de paredes un »sitio no bendecido junto al mismo cementerio y con puerta independiente, donde »dar sepultura laica á los cadáveres de aque»llos que mueren privados de la eclesiástica. »—3.° Que para sufragar los gastos que esta »obra importare acudan á la caridad de sus »feligreses, implorando la limosna que bue»namente quieran dar, y destinen al efecto »alguna cantidad de los fondos de la fábrica »parroquial, si pueden hacerlo sin desaten»der á las precisas necesidades del Culto. »De este modo se evitarán los P rrocos sé»rios disgustos, y darán una prueba mas de »que la Iglesia y sus ministros se muestran »siempre compasivos con todos sus próji»mos, cualesquiera que hubiesen sido su »nacionalidad y creencias, y cumplen con »santa abnegacion los deberes de misericor»diosa solicitud hasta con aquellos que en »vida despreciaron á tan buena Madre y vo»luntariamente se separaron de su seno.»

Esto disponia y encargaba á sus amados y celosos curas-párrocos en 28 de agosto de 1876 el Obispo de esta diócesis. Han trascurrido ya muy cerca de cuatro años, y casi nos atreveriamos á afirmar, esperando con gusto que se nos desmintiera, que tal vez no ha habido ningun cura-párroco de la diócesis de Barcelona que haya dado cumplimiento al encargo de su Prelado, que haya acudido á la caridad de sus feligreses para la construccion del cementerio civil, y mucho que haya destinado á ello cantidad alguna de los fondos de la fábrica parroquial.

Y esto no solo ha sucedido en las parroquias de las aldeas y de los pueblos pequeños, donde no se siente todavía la necesidad de esta clase de cementerios, sino en ciudades de importancia que todavía en la actualidad no saben donde enterrar á los que mueren separados de la comunion católica, surgiéndose continuamente verdaderos conflictos.

Ya nadie ignora que en nuestra pátria con dificultad se obedecen y cumplen las órdenes de la Autoridad civil; pero el actual Prelado de esta diócesis al recorrerla ahora en la visita que acaba de practicar, si ha tenido presente, como creemos, el encargo de su digno antecesor á los curas-párrocos para la construccion de cementerios civiles, se habrá podido convencer que tambien ha filtrado en la organizacion eclesiástica el espíritu de su desobediencia é insubordinacion que tanto se siente en otras esferas, pues habrá podido averiguar que en vez de cumplirse las disposiciones de un respetable Obispo se han opuesto dificultades para que que no obtuvieran realizacion aquellos piadosos deseos, y para que no se diera una prueba mas de que la Iglesia y sus ministros se muestran siempre compasivos con todos sus prógimos cualesquiera que hubiesen sido su nacionalidad y creencia.

Y hay mas todavía: no solo la intransigencia de algunos fieles se ha resistido, y resiste aún, en muchas localidades, á la construccion de aquellos cementerios recomendada por muy celosos Pastores, sino que en algunos puntos en que ya existian, al furor de la intolerancia ha llegado al criminal extremo de destruir y profanar hasta las sepulturas de los que allí descansaban.

A. J. Torrella.

LA MENTIRA.

—

Uno de los vicios mas perjudiciales que tiene el hombre es el mentir, la mentira lleva consigo fatalísimas consecuencias, y la primera es la perturbacion de la tranquilidad doméstica. Un niño embustero ocasiona la guerra en una familia de tal modo, que trastorna todo el órden de la casa, y sentimos frio en el alma cuando hablamos con alguna niña y nos dice su madre riendo:—No la creas, es una embustera, por eso le salen los dientes torcidos, míraselos, y se celebra la gracia de aquella pobre criatura que lleva en sí el gérmen de su desgracia y la de cuantos la rodean.

Hemos conocido últimamente á una mujer que es digna de estudio, y escuchando

su novelesca historia nos hemos convencido una vez mas, que la mentira envenena cuanto toca.

Rosina es una jóven distinguida, de manos delicadas, es una mujer verdaderamente aristocrática, de pequeña estatura, de talle esbelto y de ojos tentadores. Es un sér que atrae, porque tiene una movilidad extraordinaria, habla elocuentemente con su espresivo ademan, y sobre todo con sus especiales miradas. En los ojos de Rosina se adivina una larga historia, es casada y madre, quiere mucho á su marido, y admira particularmente las escelentes cualidades de su digno esposo. Le es fiel, *materialmente* hablando, la castidad es innata en ella; hay en aquella mujer mas espíritu que materia, y no ha caido en el lazo de sus múltiples adoradores porque ella no concibe que una mujer se falte á si misma. Cree un deber natural é inquebrantable no ser mas que de su marido, por esto cierto grado de infidelidad no puede nunca tener cabida en ella.

Es firme en su palabra hasta la exageracion, es tan veráz y revela tan claramente todos los sentimientos de su alma, pero de una manera tan franca y tan espontánea, que la crítica social se ceba en ella de un modo cruel, cumpliéndose en Rosina el refran que no basta ser justo, que es necesario parecerlo, y Rosina es buena, muy buena, pero en algunas ocasiones no lo parece.

Ama á su marido, esto lo encuentra ella muy lógico; pero despues se rie del hombre con tan profundo desprecio, y juega con tanta indiferencia con todas las afecciones que inspira, que sabido es lo que decia Dumas (padre) que un amante desairado vale por cien enemigos; y Rosina debe ser odiada por muchos hombres.

Es una mujer, que sin ser una belleza, cuando se la vé hay que mirarla hasta que se la pierde de vista, su mirada sonriente promete lo que no está en ella cumplir, por que estamos seguros que nunca descenderá á cierto terreno; pero se complace en jugar con las simpatías que inspira como un niño juega con los soldados de plomo.

Hablando una mañana con ella la deciamos lo siguiente:

—Eres una mujer verdaderamente original, amas á tu marido, le respetas en todo lo que vale, se comprende perfectamente por las condiciones de tu caracter que nunca cederás á la tentacion del sensualismo, y al mismo tiempo, te complaces riéndote de las simpatías que inspiras, y juegas con tus miradas sabiendo el efecto que producen ¿y no conoces que eso no está bien? ¿qué la crítica se cebará en tí? ¿qué quizá algun dia despiertes funestas sospechas en tu marido y le harás profundamente desgraciado?

—Ya tienes razon en lo que dices, contestó Rosina sonriendo. ¿Pero qué quieres? me he sublevado siempre que he oido decir á los hombres que son dueños de la mujer cuando se les antoja, y he querido demostrarles que tambien hay mujeres que se rien de ellos. Veo á la mujer tan humillada que me he convertido en su vengadora.

—Y quién te manda á ti *desfacer agravios* mucho mas siendo casada? No ves que tu no perteneces al mundo sino á tu marido y cuantas miradas le diriges á otro es un robo que le haces al que cifra su vida en tí?

—Si, estoy conforme con todo lo que tu me dices, pero he tenido esa monomania la cual tiene su causa; no creas que siempre he sido asi. No pretendo disculparme ni mucho menos, pero todo tiene su principio y su razon de ser; he llorado mucho por un hombre, y aquellas lágrimas de fuego agostaron las flores de mi fé, y de mi confianza.

—¿Tú has llorado por un hombre?

—Sí, á mares; pero mintió, y al mentir hizo su desgracia y la mia, y la de otros séres que es lo que mas siento.

—Cuéntame Rosina, cuéntame esa historia.

—Ya verás, tengo un carácter muy escepcional, y una de mis escentricidades es haber odiado la mentira, pero de un modo extraordinario; ni aun siendo muy pequeña me ha gustado mentir, siempre he dicho la verdad si he cometido alguna travesura, si he

tenido un mal pensamiento siempre lo he dicho; el disimulo no ha tenido cabida en mí; bajo este supuesto comienzo mi historia.

Tenia yo doce años cuando conocí á un jóven que tendria tres años más que yo, esto es, quince abriles, pero parecia ya un hombrecito, por su rostro melancólico y su grave continente. Me miró, y le miré, y comenzamos entre los dos un nuevo capítulo de la historia del mundo. Durante cuatro años fué mi sombra, por donde quiera que yo iba estaba él. Al levantarme, por temprano que fuera, le veia frente á mi ventana, en el templo, en el teatro, en el paseo, en todas partes me seguia sin dirigirme ni una sola palabra. Yo á veces decia: Si será mudo? Me acostumbré tanto á él, que nos entendíamos perfectamente sin hacernos ni una sola seña, únicamente con mirarnos. Yo á veces decia ¿Quién será este muchacho? él viste con elegancia, es hombre distinguido, no tiene nada que hacer, puesto que siempre está al pié de mi ventana, acude á todos los espectáculos por caros que sean, debe ser hijo de muy buena casa. Mi posicion entonces era muy brillante, y para seguirme en mi fastuosa vida se necesitaba ser rico é independiente. Como te digo, cuatro años vivimos amándonos en silencio, pero yo le amaba con toda mi alma; vivia completamente consagrada á él; no tenia mas afan que verle y hablarle, y al fin, despues de tan largo plazo me entregó una carta diciéndome lo que ya me habia dicho con sus ojos.

Si la felicidad existe en la tierra, aquel dia fui completamente feliz, y durante mucho tiempo lo seguí siendo, porque le tenia constantemente á mi lado, entonces supe quien era me dijo que pertenecia á una ilustre familia, y hasta me designó la casa que habitaba. Mis tutores le creyeron buenamente, y mi vida era un cielo sin nubes hasta que llegó un dia que por multitud de circunstancias supe que el amado de mi alma, á quien llamaré Lope, era hijo de una humilde y honrada familia á la cual habia sacrificado con sus locos dispendios, y mientras su madre y sus hermanos trabajaban de noche y de dia para sostener una precaria existencia, él vivia mintiendo descaradamente, pero mintiendo con un aplomo inconcebible, teniendo especial cuidado en no olvidar el menor detalle, como era el estar situado en el portal de su supuesta casa, y al pasar yo, verle salir apresuradamente arreglándose los puños, estirándose el chaleco, haciendo en fin todas las tonterías que hace un muchacho al salir de su casa. Y al ver que el ídolo de mi corazon era un miserable impostor, al ver que me habia engañado, que habia mentido, al convencerme de su refinada superchería sentí un dolor agudo, agudísimo en todo mi ser, y lloré con tan profundo desconsuelo, con tan intensa amargura, que mi vida estuvo en inminente peligro. El entretanto me escribió varias cartas. Yo al verlas, lloraba amargamente pero se las devolvia sin abrir, para mi habia muerto desde el momento que me habia engañado; á pesar mio le amaba, le amaba con delirio pero tuve voluntad bastante para dominar mi corazon y reflexionando amargamente decir:

Este es el hombre que he querido tanto! éste que ha sabido mentir con tanto aplomo, á un mentiroso yo no le debo mirar, y si éste que era tan bueno me ha engañado de esta manera, qué harán los demás? ¿qué merece esa mitad del género humano? la burla y el desprecio nada más, y entonces.... comenzé á ser coqueta. Muchos hombres me juraron amor, pero yo no creí á ninguno, entre ellos hubo un pobre jóven que desesperado por mi indiferencia se fué á Cuba y allí murió pronunciando mi nombre, despues me casé admirando las relevantes cualidades de mi marido, pero complaciéndome siempre en reirme de mis admiradores guardando en mi corazon una extraña ansiedad. El pobre jóven que murió en Cuba, que se llamaba Pepe, segun he sabido despues, ha conservado su afecto hácia mí, pero afecto mezclado de ódio; cuando conocí el espiritismo pensé en él, y he sabido posteriormente que no me abandona ni un segundo, y se complace en inspirarme esas locuras de reirme de cuantos me rodean. Ya

que él no pudo ser feliz á mi lado trata de sembrar la discordia en mi hogar.

No puedes figurarte lo que sentí al escuchar aquella voz apasionada, al convencerme que tras de la tumba germina la vida! Desde entonces ruego por Pepe, hablo con su espíritu y le suplico que en vez de inspirarme ideas diabólicas, trate de elevar mi espíritu y de elevarse él; y desde que le consagro un recuerdo, vivo mucho mejor; me gusta mas el tranquilo rincon de mi casa, me acuerdo de mis juveniles locuras, y aunque no tengo de qué avergonzarme, pero con todo, conozco que he obrado mal, y la muerte de Pepe pesa sobre mi conciencia, porque él la buscó no pudiendo soportar la vida sin mi amor. Entró el marido de Rosina y cambiamos de conversacion; pero quedó grabado en nuestra mente el asunto de ella, y nos convencimos una vez mas de las fatalísimas consecuencias que llevan consigo las mentiras, aún cuando estas estén poetizadas por el amor.

Lope, se comprende perfectamente que al ver á Rosina rodeada de un lujo esplendente, se dijo á sí mismo: «Si ella sabe quien soy, no me querrá porque soy pobre,» sin adivinar que Rosina le hubiera querido aunque le hubiese dicho que era hijo del verdugo con tal que no hubiera mentido, pero él no apreció en todo su valor el leal corazon de la aristocrática niña, él la creyó una de tantas, y mintió para ser querido sacrificando á su familia con su vida disipada, y en realidad no cometía más delito que amar con delirio á una mujer; mujer que cuando perdió la ilusion de sus primeros amores, perdió sus alas de ángel y descendió á ser una jóven coqueta que causó la muerte de un hombre, cuyo espíritu apegado á la materia se venga de su desventura inspirando á Rosina todas las locuras que puede y atormentando su calenturienta imaginacion con mil ideas estravagantes, haciendo sufrir al esposo de Rosina, que aunque él está convencido del carácter original de su mujer que nunca olvidará lo que se debe á sí misma; pero con todo, seria muchísimo mejor que Rosina no pensase más que en su marido y sus hijos.

¡Qué fatales resultados produce la mentira! ¡Cuán erróneo es el aforismo *que el fin justifica los medios*. En Lope el fin era el amor, y á pesar de ser tan noble el móvil, cuán perjudiciales fueron los medios!

Secó la sávia de la fé en un corazon digno y leal.

Engendró la desconfianza en un alma severa que queria la verdad antes que todo; y la condujo al mas doloroso escepticismo; escepticismo que ha conducido al suicidio á un ser apasionado, de cuyo estacionamiento Lope es responsable.

Consideremos detenidamente esta larga série de desaciertos, comentemos sus funestísimas consecuencias, y veamos de cuantos infortunios tiene la culpa la mentira de un hombre; y gracias que Rosina ha conocido el espiritismo y se ha convencido que el espíritu vive eternamente, y al escuchar la voz de aquel pobre sér que murió amándole, se ha conmovido profundamente; ha visto que el amor existe más allá de la tumba, que hay un hombre que la quiso de veras, y al convencerse de tan inmensa pasion, ha llorado melancólicamente recordando su fatal locura.

Rosina es un alma muy enferma, que afortunadamente ha encontrado en su marido un hombre amante que ha sabido respetar el delicado estado de aquel espíritu en turbacion, y ha hecho cuanto le ha sido dable por convencerla que el amor es una verdad, de no haber sido así ¡cuán desgraciada hubiera sido Rosina!

¡Odiemos la mentira! huyamos de caer en sus redes como se huye de cometer un crímen.

Este verídico relato nos manifiesta que el mentir es perjudicial siempre. No hay *buen* fin, que justifique *malos* medios.

El hombre ha de ser siempre leal, ¡la verdad ante todo! por que ¡ay de los mentirosos!

Contraen tantas deudas que no basta una sola existencia para pagar cuenta tan crecida. ¡Son responsables de tantos desaciertos! ¡son la causa de tan profundos dolores, que no nos cansaremos nunca de repetir:

¡Hombres! ¡hombres! si quereis ser grandes debeis convertiros en apóstoles de la verdad!

Amalia Domingo y Soler.

LUZ Y SOMBRA.

Requena 16 de Agosto de 1880.

Mi caro amigo C....:

Formulas en tu última carta aserciones tan bizarras y temerarias, resplandece en sus bien cortadas cláusulas tal viveza de matices y tal energía en la diccion, que al tomar la pluma para contestarte, vacila mi espíritu y se sobrecoge mi pensamiento, porque dudo si hacerlo al lírico poeta que en su efusion artística solo vé las cosas bajo el mágico prisma de lo gracioso y de lo bello, ó al sesudo é imperturbable científico que, sin dejarse seducir por la fugitiva impresion del momento, solo escucha el acompasado y noble acento de la austera verdad, la que, al descender al limbo de su inteligencia, fecunda y provoca nuevas y más vivificantes ideas. Del artista que siente, al pensador que raciocina; de Miguel Angel, que estampa su maravilloso Juicio Final en los cuadros de la capilla Sixtina, á Galileo que, abstraido en meditacion profunda, descubre las leyes del péndulo bajo las bóvedas de la catedral de Pisa; de la *Iliada* Homérica á la *Política* de Aristóteles, existe, en efecto, una distancia tan inconmensurable, como entre el espléndido cielo de la idealidad, adornado y embellecido con los encantos de la fantasía, al suelo pedregoso y árido de la práctica y de la realidad, al que nos conduce insensiblemente la dolorosa experiencia de la vida.

Yo tambien, amigo mio, he atravesado esa risueña época de exhuberancia y de lozania de ideas, en la que, arrobados ante las perspectivas que retratan nuestra inmaculada conciencia, solo acertamos á distinguir flores en el peligroso sendero que recorremos; magnífica, incomunicable alborada de las nacientes facultades, en la que todo sonrie y se muestra placentero, bullicioso, radiante de felicidad y de ventura; edad expansiva que engendra esos generosos y levantados arranques de la primera juventud, inspirada solo en un amor desinteresado á la ciencia y en el santo é inefable anhelo de militar bajo las banderas del espíritu contemporáneo, concurriendo con nuestro nimio y minuto trabajo á preparar el advenimiento de nuestros ideales para el porvenir. ¿Quién, por insignificante que sea su posicion social y sus méritos individuales, no ha sentido alguna vez palpitar su alma é inflamarse su corazon al calor de semejantes aspiraciones?

Pero solicitas mi humilde consejo, deseas conocer mi opinion ante esa tendencia que brota en mi espíritu como la aurora de nuevo dia, y te la he de manifestar con lealtad, aun á riesgo de herir tus naturales esperanzas y entibiar tus fogosos propósitos. ¡Triste mision me encargas, por cierto; sembrar en tu vírgen corazon el amargo gérmen de la desconfianza, turbar su serena calma con el primero y siniestro relámpago de la incredulidad y de la duda! Achacarás á excesiva timidez esta cautela mia, voz apagada de un alma que sumerge ya en la penumbra de los desengaños; aún asi, estoy persuadido de que me agradecerás en adelante mi saludable aviso, nacido de la confianza que nos une, porque de esta manera te hallarás prevenido para lo futuro, que tantos atractivos despliega ante tus ojos.

¡Lástima, en verdad, que despues de esa hermosa edad de oro, nos precipitemos fatalmente en las erizadas sirtes de la vida, donde quedan desgarradas nuestras más caras esperanzas! ¡Lástima que la lógica implacable y la irresistible pendiente de los sucesos nos arrojen desde las bulliciosas playas del pais de los halagadores ensueños y de las ilusiones inmarcesibles, en donde brillaba en todo su esplendor el astro de la naciente fantasía, al mustio y sombrio camino de la realidad, para penetrar con el pecho lacerado por el dolor y la cabeza de-

sierta de consoladoras ideas en la edad madura y en el postrer crepúsculo de la existencia! Despliegas ahora en la inmensidad las poderosas alas de tu jóven espíritu; y surcas, ávido de luz y de felicidad, los etéreos dilatados horizontes en que se espacia tu actividad infatigable en pos del ideal que columbras al fin de tu penosa jornada; sublime amanecer de las ideas que vuelan á los tibios rayos del sol de la vida como los pajaritos al aparecer la aurora. Leyendo tu epístola, recordaba mi cansada memoria análogos esfuerzos y proyectos semejantes á los que describes en tus poéticos trasportes; y conmovido por ese interesante relato, me identificaba contigo, trasladándome á dias más alegres, no de otra suerte que el anciano evocando los recuerdos de su juventud, ó como el árabe errante vuelve con reconocimiento la vista hácia el oásis que confortó sus fuerzas en el desierto; pero me detuve aterrado, cual caminante que encuentra de pronto abierto á sus plantas ignorado é insondable abismo, ante la sencilla observacion que al concluir me diriges. «Quiero de hoy más, dices, provocar en mi una nueva reaccion, procurando tomar cuenta exacta de lo que me sucede y me impresione, sorprendiendo en su orígen el misterio de las cosas, combinando la filosofía y al arte, el pensamiento y el corazon; voy en una palabra, á convertirme en severo y escrutador crítico.»

¡El criticismo! No puedes figurarte la zozobra angustiosa que se apoderó de mí al leer esa sola idea, porque no te es posible tampoco alcanzar la trascendencia de tal propension en tu inocente espíritu. Como la desbordada ola del torrente inunda cuanto halla á su paso, y no hay dique capaz de contener su violenta é indómita carrera, de la misma suerte el criticismo á que piensas dedicarte, amenaza desde que se inicia y acaba por invadir todos los dominios y esferas del pensamiento, socavando lentamente hasta derruirlo el tabernáculo sagrado de nuestras creencias más inconmovibles.

Y no llegues á presumir, alarmado por esto, que el criticismo sea en sí un mal, un conato pernicioso cuyas manifestaciones debes sofocar y rechazar desde luego, no; por el contrario, te recomiendo encarecidamente que persistas en ese método si deseas adelantar con pié seguro y sin extraviarte en los dédalos de la ciencia, reflejo fiel de la realidad de las cosas.

Porque el criticismo responde á una exigencia de nuestra naturaleza, que no se satisface con dormitar y abandonarse lánguida y servilmente en brazos de inexplorados dogmas: es necesario que la voz tonante de ese huracan despierte las entumecidas facultades para que estas se apresten á la lucha, porque el hombre ha nacido para la batalla, para el progreso; y al soplo de esa incredulidad que comienza confundida con los últimos ecos de la candorosa oracion, el pensamiento, que es nuestra mayor gloria y á la vez nuestro mas implacable torcedor, fiera que se revuelve y ruge en su jaula como leon acosado por mil acicates, cobra extraordinaria energía para escudriñar temerario el bello castillo que forjara la exaltada imaginacion, el admirable palacio de hadas que dibujaran las prístinas ilusiones, la espléndida quimera que la inteligencia osara modelar, fascinada ante los fugaces y engañosos espejismos de la vida. Momento es este solemne é imponente, querido amigo. Si llegases á prever las funestas consecuencias de esa revolucion, cuyos precedentes me describes, tal vez vacilases ante la empresa de demolicion que acometes.

Pero no es dado al hombre detener el progreso y desarrollo regular de su inteligencia. Espantado por los horrorosos espectros que surgirán ante tu febril pensamiento, la primera gota de amarga hiel humedecerá tus lábios que hasta entonces solo osarán balbucear plegarias; martirizado por sombrío presentimiento, herido en la fibra mas sensible de tu corazon por la punzante saeta de la injusticia, allí donde antes sorprendias solamente rítmicos conciertos, hallarás ahora antogonismos irreconciliables: el mal luchando con el bien, la virtud frente al vicio, la deformidad al lado de la hermosura, el héroe junto al malvado, lo grande y lo sublime

riñendo lid pavoresa é incierta con lo pequeño, lo miserable y lo repugnante: y en ese hervidero de ideas, la incredulidad satánica sembrará el terror en tu acobardado espíritu. Entonces la indomable voluntad que esgrimiamos cual formidable ariete para pulverizar los obstáculos que nos ofrecia el mundo, desmaya y se anonada; la imaginacion no nos presta tampoco sus nacaradas esperanzas y sus celestes imágenes, y el diáfano y sereno horizonte de la razon, en el que se acumulan negras y jigantescas nubes, se oscurece y se ofusca.

Luis Enrique Ripollés.

(Continuará.)

MISCELÁNEA.

Leemos en *La Voz del Buen Sentido*:

«Nuestros correligionarios, los cristianos racionalistas de Tarragona, han obsequiado recientemente con una preciosa escribania de plata á nuestra buena amiga y compañera de redaccion doña Amalia Domingo y Soler por su inteligente acierto é incansable actividad en la propaganda de los principios y doctrinas que sustenta el racionalismo cristiano. Aplaudimos con toda el alma el acto de nuestros hermanos de Tarragona, sintiendo únicamente no haber contribuido á él, como hubiéramos contribuido si hubiésemos sabido oportunamente que se trataba de realizarlo. Admiradores del celo propagandista, en que no tiene rival, de doña Amalia Domingo, de su sencillez, de sus relevantes prendas de caracter, de sus bondadosos sentimientos, la conceptuamos acreedora á una honrosa distincion, no de parte de unos cuantos correligionarios de una sola ciudad, sino de todos los de España, y si posible fuese, de todos los del mundo. Atacaba impunemente en Barcelona, desde el púlpito, el Espiritismo un sacerdote afamado, el ex-canónigo y ex-secretario de don Cárlos, D. Vicente Manterola, sin que una voz varonil, entre tantos hombres ilustrados cómo profesan el Espiritismo en la capital de Cataluña, recogiese aquellos ataques y los rechazase públicamente: hubo de ser una mujer la que con ánimo esforzado rebatiese todas las acusaciones por medio de la prensa, y esta mujer fué Amalia. Su libro «El Espiritismo refutando los errores del catolicismo romano» es para Amalia un título de inmarcesible gloria, y una prueba evidente de que no bastan los hombros de un jigante, por robustos que sean, para sostener un edificio que se desploma. Al aludir á los espiritistas de Barcelona, no acusamos ni podemos acusar á nadie; nos limitamos á consignar un hecho.

Reciba Amalia por el obsequio de que ha sido objeto nuestros más sinceros plácemes, obsequio que honra tanto á los que lo han hecho como á la que lo ha recibido.»

Nos asociamos con toda la sinceridad y con toda la efusion de nuestra alma, á tan justo como laudable pensamiento, para cuya realizacion nos hallamos dispuestos á prestar todo nuestro apoyo y nuestra cooperacion, ya que tanto se merece nuestra apreciable colaboradora é incansable propagandista de nuestras ideas, la distinguida escritora doña Amalia Domingo, con cuya amistad há tanto tiempo nos honramos. Dén forma, pues, al pensamiento los que en tan buen hora lo han concebido, y tracen pronto el camino que deba recorrerse para conseguir esa honrosa distincion que se desea, ya que á ella se ha hecho tan acreedora doña Amalia. Procuremos, nacionales y estranjeros, admiradores todos de las dotes que distinguen á nuestra ilustre compatricia, mejorar un tanto la precaria situacion en que vive, apartando de su espíritu los cuidados con que las indispensables necesidades de la vida le distraen y perturban, para que, más libre é independiente, pueda sostener el vuelo de su admirable inspiracion y la lucidéz de su inteligencia, al dedicarse á sus literarias tareas. ¿Quién habrá, que llamándose espiritista, se niegue á contribuir con un pequeño óbolo á esta obra de justicia y de gratitud á un tiempo?

Hemos tenido el gusto de recibir la *Coleccion de novelitas y artículos de recreo*, que ha obtenido auditivamente «La cieguecita de la Cantera,» médium de Ponce, en Puerto-Rico.

Sin instruccion alguna, la pobrecita ciega encanta con sus humildes y cristianas narraciones, encareciendo en ellas las vir-

tudes que embellecen el alma y la elevan al conocimiento de Dios. En sus dictados, muestra además su afan generoso de guiar, especialmente á las jóvenes, por el camino del deber, poniendo de relieve muchos ejemplos sacados de la ajena experiencia de los sufrimientos y desengaños de nuestros semejantes. Para comprender su hermoso lenguaje, trascribiremos, de la *Fantasía de las flores*, el siguiente trozo:

«Contemplad á la rosa, reina de todas: ¡cuán erguida se levanta en medio del jardin, queriendo eclipsar con su hermosura á las otras que son de baja esfera! ¡Se figura que á ella solamente se la debe rendir tributo y homenaje, y que su carmin encendido es el que debe adorarse!

¡Cuán engañada se encuentra esta altiva y desdeñosa flor! Deberia precaver que, en torno de ella y á su mismo lado, hay otras de igual nobleza, y éstas, aunque sean más humildes, lo son por sus condiciones y no por falta de valor.

Mirad á la púdica azucena que, candorosa y sencilla, presenta á nuestra vista su cáliz tan blanco y delicado, cubierto siempre de una vaga tristeza. Parece demostrarnos el casto amor que la rodea y su virginal pureza. La inocente azucena es el verdadero símbolo de la virtud.»

Copiamos de la *Revista Geográfica y Estadística* los siguientes datos curiosos:

«Existian y funcionaban en España en 1834 treinta y siete religiones, desde la de los Agonizantes hasta la de los Trinitarios.

Respecto á algunas de ellas, no habia mas que especie. En cuanto á otras, la especie se dividia en varios géneros.

Los Agustinos eran Calzados y Descalzos Recoletos.

Los Canónigos regulares se ramificaban en Agustinos, Premostratenses, del Santo Sepulcro, de Sancti Spiritus, de San Antonio Abad y de San Jorge in Alga ó de San Lorenzo Justiniano.

Los Carmelitas, eran Observantes Calzados y Descalzos.

Los Franciscanos, se bifurcaban en Observantes, Terceros, Menores descalzos y Capuchinos.

Los Mercenarios se dividan en Calzados y Descalzos.

Los Trinitarios eran Observantes Calzados y Descalzos.

Los Agustinos, tenian 279 conventos; los Benedictinos, 91; los Bernardos cistercienses, 130; los Carmelitas, 297; Dominicos, 351; los Gerónimos, 67; los Mercenarios, 138; los Mínimos de Nuestra Señora de la Victoria, 91; los Trinitarios, 113.

Pero los que merecen capítulo aparte son los Franciscos ó Franciscanos. Estos respetables varones, en sus distintas variedades de Observantes, Terceros, Menores Descalzos y Capuchinos, sumaban mil ciento setenta y cinco conventos.

El total de conventos en España ascendia á 3.027.

Otro dato interesante. Las comunidades monacales mendigantes eran 2.706. Es decir, 2.706 comunidades que se mantenian mendingando y que infestaban el pais pidiendo limosna.

Segun el censo de 1768, los frailes eran 55.413; las monjas, 27.665; total, 83.118. Para una poblacion de 9.309.814 habitantes.

Segun el censo de 1787, habia 52.300 frailes y 25 365 monjas; total, 77.665. Para una poblacion de 10.409.879 habitantes.

Segun el censo de 1793; los frailes eran 53.093 y las monjas 24.007; total, 77,100. Para una poblacion de 10 541.221 habitantes.

Uniendo á los frailes y monjas, los curas-párrocos, tenientes, beneficiados, capellanes, etcétera, la milicia religiosa subia á 149.805 individuos en 1768, á 137.061 en 1787 y á 134.595 en 1797.»

VARIEDADES.

MI VIDA EN EL CONVENTO.

¡Cuán regalada vida
La vida del convento!
Libre de las angustias,
Trabajos, devaneos,
Penosos sacrificios,
Costosos pasatiempos,
Del que en el mundo vive,
Hallo yo en el sosiego
Del retirado claustro
Mi salud y mi cielo.

Al despertar las aves,
Con ellas yo despierto;
Y mientras fuera se oye
Su matinal concierto,
Yo tambien en el coro,
Con los demás profesos,
Sentado y bostezando
Mis cánticos elevo
De tal monotonía
Siento pronto el efecto;
Ciérranse poco á poco

Mis ojos soñolientos,
Y dulcemente en brazos
Caigo del dios Morfeo,
Quien me retiene plácido
Con mágico embeleso
Hasta que de su yugo
Arráncame el silencio.
A la capilla bajo;
El Sacrificio ofrezco;
Confieso á mis devotas
En un rincon del templo;
Les hago mil preguntas;
Les doy algun consejo;
Háblanme del marido,
Del hijo, del abuelo,
Del vecino y vecina,
De gustos y de afectos
Y de otras quisicosas
Que callaré discreto.
Por ellas sé la historia
Verídica del pueblo.
Y yo no soy de mármol!
Y yo no soy de hielo!
Y tales cosas oigo!..
Y sé tales secretos!...
Que á veces uno.... En suma.
¿No soy de carne y hueso?
La campana nos llama
Al refectorio presto,
Brindando al desayuno
Su toque placentero.
Todos, todos acuden
Al grato llamamiento.
Y cada padre toma
Su parco refrigerio.
Almuerzo ó chocolate
Es lo que dá el convento:
Quien almorzar prefiere,
Quien chocolate, empero,
Los mas elegir suelen
Chocolate y almuerzo.
Lastrado bien el buque,
Levo el ancla, y navego
Por el claustro en verano,
Por fuera en el invierno,
Buscando la frescura
Cuando el sol es de fuego,
Y cuando aprieta el frio,
Del sol el tibio beso;
Hasta que, terminado
Mi higiénico paseo,
A mi querida celda
Solicito me vuelvo.
Allí estudio.... ó no estudio;
Allí rezo.... ó no rezo;
Y entre la celda y coro
Las horas compartiendo,
Suena por fin el toque
Cuyos sonoros ecos
Al refectorio á todos
Convócannos de nuevo.
La buena sopa humea,
Humea el buen puchero,
Detrás sigue otro plato,
Y postres, y *laus Deo*.
Son pocos los manjares;
En cambio son de peso,
Nutritivos, sabrosos,
Abundantes, selectos:
Y mientras que engullimos
Con frailuno silencio,
Pagando de este modo
Lo que se debe al cuerpo,
Místicas reflexiones
Con compungido acento,
Que son manjar del alma,
Nos lee un reverendo.
Alzanse los manteles;
Y otra vez al paseo,
La celda, el claustro, el coro,
Los cánticos; el rezo,
Y la ociosa devota
Si yo no voy al pueblo.
Llega por fin la noche;
Con apetito ceno;
Rezamos lo de rúbrica
Un tanto soñolientos;
A mi celda retírome
Y tiéndome en mi lecho,
Donde mis ojos cierra
Muy pronto dulce sueño.
Así pasan los dias;
Así trascurre el tiempo:
¡Cuán regalada vida
La vida del convento!
¡Oh! cuán útiles somos
Los frailes á los pueblos!

Isidoro Pellicer

(De *La Voz del Buen Sentido*).

ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores de fuera de la capital, se sirvan remitir el importe de la suscricion, si no quieren sufrir retraso en el recibo del periódico.

Imprenta de Costa y Mira.